

FANTASÍAS CON EL CELLO

No todo tiempo pasado fue mejor

–*Nel mezzo del cammin di nostra vita, mi ritrovai per una selva oscura ché la diritta via era smarrita.*¹

–¡Qué bueno tenerlo por acá, de veras muy agradecido por haberse acercado, podrá imaginarse que uno viene haciendo malabares como para no perderse en *questa selva selvaggia e aspra e forte che nel pensier rinnova la paura.*²

–*Amico mio*, lo ocurrido en estos últimos meses casi hasta tiene ribetes de una representación dantesca.

–Ya lo creo. No sé usted, pero esta suerte de ostracismo al que hemos sido confinados atraviesa hasta la madera más noble y uno termina impregnado de una añoranza nunca experimentada.

–Para serle sincero he venido pensando mucho en su obligada reclusión apartado del trajinar diario de los ensayos y los conciertos... de ese ajetreo suyo y también mío que con toda la sobrecarga que a veces nos propicia, sazona sin embargo el diario vivir y le otorga valía al estar siendo.

–Total coincidencia. Definitivamente, he llegado a aprender que todo es comparado con qué. Así pues, me prometí no volver a renegar de cuestiones que a la luz de esta pandemia no son más que nimiedades.

–Aplaudo su decisión y ya querría hacerla mía, pero los mortales solemos olvidarnos pasado un tiempo, de lo cual no me siento eximido.

–No deje de intentarlo.

–De eso se trata... Mientras me decidía a visitarlo, pensaba que la ocasión es buena para recordar historias tanto o más complicadas que las actuales, en tiempos donde ustedes justo comenzaban a incursionar en el campo de la gran música.

–No entiendo adónde quiere llegar...

–Calma, ya verá que sí. Si no estoy equivocado la familia “violín”, incluidos los instrumentos del tamaño de un violonchelo, surgió a principios del siglo XVI

como un grupo distinto a los de viola da gamba.

–Hasta donde sé, las primeras presentaciones de la estirpe “violinesca” tuvieron lugar en el norte de Italia alrededor de 1530. Tenían que ver con lo que hoy llamamos violines, violas y violonchelos. Los violonchelos más antiguos que se conservan fueron confeccionados por Andrea Amati, un pionero de esa célebre familia de *luthiers*.

–Le consulto, ¿violoncello en italiano vendría a significar “pequeño violone” o viola grande?

–Exacto. La raíz *viola*, deriva del latín medieval *vitula*, que significa instrumento de cuerda.

–He estado husmeando un poco y al parecer, el violonchelo puede haber sido utilizado a modo de bajo continuo en obras de Francesca Caccini en Florencia y Barbara Strozzi en Venecia en la primera mitad del siglo XVII.

–Probablemente, sé que el mismo Monteverdi hizo referencia a un *basso de viola da braccio* o violín bajo que podría haber sido un antepasado del violoncello.

–Allí es precisamente donde quería llevarlo.

–¿Monteverdi?

–Ocurre que en él confluye la cuestión musical y las peripecias vinculadas al brote de peste bubónica que se dio en el norte de Italia entre 1629 y 1631.

–¿Estamos hablando de una enfermedad parecida a esta pandemia?

–Nada que ver, estaba ocasionada por una bacteria, la *Yersinia pestis*.

–¿Qué es en buen romance?

–Viene a ser un microbio mucho más grande, comparado con el virus, que infecta a las ratas y sus inseparables pulgas, las cuales también nos pican a nosotros y así nos terminan transmitiendo el intruso.

–¿Y cómo fue que se expandió en esa región?

–La enfermedad habría sido llevada a Mantua por

1 A mitad del camino de la vida, en una selva oscura me encontraba porque mi ruta había extraviado.

2 ¡...esta salvaje selva, áspera y fuerte que me vuelve el temor al pensamiento! La Divina Comedia, Canto

las tropas francesas y alemanas como parte de la disputa por el ducado tras el fallecimiento del duque Vicente Gonzaga II en 1629.

–Pero Monteverdi hacía rato que se había trasladado a Venecia.

–Es que la enfermedad se fue extendiendo.

–Perfecto.

–La retirada del ejército alemán hacia el norte, permitió que inicialmente el brote se corriera a Milán. Sus autoridades creían que los decesos estaban ocasionados por emanaciones pútridas de los pantanos y les costó bastante entender que el problema bien podía ser de otra índole.

– ¿La medicina ya sabía de este germen?

–Ni por las tapas, la idea de estos animáculos como responsables aparecerá un par de siglos después. En paralelo, otros sostenían que se debía a la presencia de individuos indignos abocados a esparcir ungüentos pestíferos, “los untadores”. El temor a los untos hizo que nadie usara capa, para evitar cualquier roce con ropa contaminada.

–Digamos que eran presa del terror.

–Razones no faltaban, en el pico de la epidemia Milán llegó a registrar 3.500 decesos en un día, y en su conjunto fallecieron unas 60.000 personas de los 130.000 habitantes que tenía la ciudad.

–Pero ¿dónde entra Monteverdi?

–Verá usted, así como la plaga se cobró la vida de unas 280.000 almas, entre 1630 y 1631 Venecia perdió una tercera parte de sus 140.000 ciudadanos.

–¡Ahora sí, el maestro debe haber estado muy preocupado!

–Para colmo de males, entre las víctimas estaba su asistente en San Marcos y el compositor Alessandro Grandi. Su hermano menor, Giulio Cesare, también murió en esa época, y todo lleva a pensar que a causa de la peste.

–Sé que Monteverdi fue admitido en la tonsura en 1631, y ordenado sacerdote durante 1632.

–Exacto, se cuenta que la epidemia lo ayudó en esa decisión, incluso compuso una misa para la liberación de la plaga interpretada en noviembre de 1631.

–Un dato que sirve para entender un poco más sobre su vida. En lo particular, Monteverdi fue quien supo articular el tardo renacimiento con el primer barroco; como dijera Gabrielle D’Annunzio era *il divino Claudio*.

–Muy cierto, nos olvidemos que dotó a la ópera

del “canon” que tanto estaba haciendo falta.

–Un gran cremonés al igual que los Amati.

–Dicho sea de paso, la ciudad también fue la cuna de Antonio Stradivari y Giuseppe Guarneri.

–Por cierto... Cuando uno revisa la historia del arte es difícil encontrar un ejemplo que emparde con lo ocurrido en la Italia de aquel tiempo. Tantas veces me he preguntado el por qué.

–Si bien no ha de corresponder a una única causa, los mecenazgos y las firmes decisiones de las grandes familias que controlaban esas ciudades-estado deben haber contribuido bastante. Pero nada ocurre de buenas a primeras, los siglos precedentes fueron preparando el terreno para que en un determinado momento se produjera el salto cualitativo.

–Los Medici, por ejemplo.

–A no dudarlo, para mi gusto fueron eximios representantes de esa prosapia de bienhechores.

–¿Cuándo entraron en escena?

–A partir de su posición de banqueros, comienzan a ocupar el poder político en la segunda mitad del siglo XIV, a poco de que aquella Europa saliera de otra gran epidemia.

–¿Como la de 1630?

–Peor aún, es lo que hoy se llama la segunda gran plaga.

–¿Tan así de calamitoso?

–Fue un brote que llegó a esparcirse por todo el continente. La enfermedad habría arrancado en China alrededor del año 1331 y se extendió por vía de las rutas comerciales, marítimas y terrestres a ciudades del Mediterráneo.

–En aquellos tiempos los eventos no se daban de un día para el otro.

–Sin duda. Arribó a Italia en 1348 y cuando el mal desapareció, tres años después, la tasa de mortalidad oscilaba entre un 25 y 50 por ciento, según la población en cuestión.

–¡Por todos los cielos! Y ¿qué les producía?

–La forma más común presentaba bubones en la axila o la ingle; que podían extenderse a otras partes del cuerpo, acompañado de unas manchas negras o moradas como consecuencia de hemorragias internas, sumado a fiebre muy elevada.

–La aparición de esos bubones anticipaba el curso fatal, me imagino.

–En líneas generales el deceso se producía dentro de una semana. Pero también existía una variante que

afectaba el aparato respiratorio y se transmitía por vía aérea la cual provocaba la muerte en un par de días. Igualmente podía darse una forma septicémica o envenenamiento de la sangre.

–¿Y qué explicación se daba?

–Debido a la fuerte asociación entre religión y salud, algunos interpretaron a la enfermedad como un modo de persuasión para apartarse de actos pecaminosos.

–Nada nuevo bajo el sol.

–Otros buscaban chivos expiatorios dentro de las distintas comunidades.

–¡Los judíos seguramente!

–En primera fila secundados por leprosos y otros grupos minoritarios. Castigar a estas gentes se volvió acostumbrado en algunas regiones, y muchos inocentes fueron quemados vivos. En Mainz, por ejemplo, unas 12.000 personas fueron eliminadas por “ocasionar” la enfermedad.

–La historia de la humanidad nunca termina de estremecerme.

–El desconcierto debe haber sido total, y como tampoco contaban con suficientes médicos ni curanderos, la gente recurrió a un menú de posibilidades variopintas.

–Si la enfermedad era un castigo de Dios, rezar debe haber sido una opción lógica.

–Por supuesto. Algunas comunidades patrocinaron reuniones de oración, y los sacerdotes encabezaban grandes procesiones, pidiendo perdón para que Dios los apartara de ese mal. Las velas fueron vistas como algo beneficioso y se las encendían como ofrendas a Dios. Le cuento que, en Barcelona, habían confeccionado una de cuatro millas de largo para rodear la ciudad y protegerla.

–Lo que se dice *un vero capolavoro*.

–¡Qué le parece! En Siria se llegó a concluir que el ayuno y la oración eran los mejores remedios. Datos históricos refieren, incluso, que en una mezquita se congregaban judíos, cristianos y musulmanes para orar juntos, y apelar a la misericordia divina.

–Me atrevo a decir que no habrán faltado quienes se infringieron una suerte de autocastigo.

–Desde luego. Algunos concibieron que para mayor beneficio también era necesaria la flagelación. En algunas partes de Europa, grupos de hombres viajaban de pueblo en pueblo azotándose unos a otros.

–Uno se imagina que el arribo de la plaga a una comunidad debe haber sumido a los habitantes en la

desesperación.

–La gente consideraba que usar sanguijuelas, bañarse en orina humana, usar excrementos, o colocar animales muertos en las casas podían proteger de la enfermedad. Otra medida preventiva implicaba matar perros y gatos locales, creyendo que de alguna manera reducirían la propagación de la pestilencia.

–¿A nadie se lo ocurrió pensar en las ratas?

–Evidentemente no. Por suerte con el tiempo, las autoridades comenzaron a advertir que después de una gran reunión, enfermaban más personas mientras que una menor exposición reducía la probabilidad de contagio, con lo cual empezaron a evitar la cercanía con los enfermos.

–Un poco de racionalidad al fin.

–De ser posible, los apestandos eran enviados a casas de plagados para vivir en aislamiento con enfermos de similares características. Los no afectados, por su parte, procuraban abandonar el lugar ante el primer signo de enfermedad, cuanto más lejos mejor.

–Ya existía esta historia de la cuarentena.

–Le cuento. Italia comenzó a exigir que los viajeros permanecieran unos 30 días en la actual Dubrovnik. Quienes se mantenían sanos durante ese tiempo podían después ingresar a la península. Ese período se extendió 10 días más y de ahí deriva la bendita palabra.

–Efectiva y angustiante al mismo tiempo.

–Como dicen ahora ajo y agua. En Milán, la reglamentación establecía que las viviendas de los enfermos debían estar selladas

–¡Qué despiadados!

–Pero los resultados como medida de control eran positivos, y a otra cosa mariposa.

–Se me hace que los médicos también se sintieron compungidos.

–Si bien algunos curanderos y médicos deben haber abandonado la ciudad ante el arribo de la plaga cercana, muchos se quedaron para atender a los enfermos. Utilizaban dos métodos de protección personal. Por un lado, resguardar completamente sus cuerpos empleando largas batas de cuero; y por el otro cubrirse el rostro con máscaras que simulaban picos de pájaro, destinadas a contener hierbas aromáticas, antiplaga supuestamente.

–Por cierto, son imágenes con las que me he topado muchas veces, no sabía que obedecía a esta cuestión odorífero-preventiva.

–Los curanderos en tanto fumigaban el aire cuando visitaban a una persona enferma.

—¿Se pertrechaban bien los muchachos!

—Llevaban una suerte de “incienso portátil” capaz de contrarrestar los “vapores” de la plaga. Cuando nada de esto estaba disponible, tras la visita al paciente, el sanador recurría a compuestos olorosos dotados de propiedades limpiadoras.

—Quizás el temor haya promovido una ruptura en el orden social, con pocas personas dispuestas a ayudar a los enfermos.

—Ha dado en el clavo. Los hospitales eran principalmente para los viajeros o los pobres, por lo que la gente permanecía en sus hogares sola o con familiares para su cuidado. Era muy infrecuente que los vecinos se ayudaran entre sí, y con la alta tasa de mortalidad, el último sobreviviente del grupo a menudo no tenía quien cuidara de él o de ella.

—También habrá habido suicidios.

—Admitamos que sí. En paralelo se necesitaron más sitios para la sepultura con el agravante de que el número de hombres sanos a cargo de los sepelios iba en disminución. Al principio, la gente llevaba los cuerpos de sus seres queridos a las iglesias, pero posteriormente se recurrió a fosas comunes porque la situación era desbordante.

—En función de lo que escucho tengo una pregunta que espero pueda responderme.

—Si está en mis posibilidades con mucho gusto.

—¿Puede que esta gran sacudida continental haya tenido que ver con los sucesos de la centuria siguiente?

—Interesante su planteo, mi respuesta va en esa dirección e intentaré fundamentarla.

—¿Soy todo oídos!

—Pues verá usted. Durante los siglos previos a la llegada de la peste negra, la población de Europa había crecido de manera constante y la economía había mejorado, generando más demandas a la agricultura y consecuentemente mayores precios de los alimentos.

—¿Y con eso?

—Por tanto, era más fácil para los terratenientes oprimir a los pobres y tener la situación bajo control. Los campesinos no sólo tenían una injusta paga, sino que estaban mal alimentados, con poco acceso a cualquier forma de atención si enfermaban.

—Pero vino la plaga...

—Que diezmó particularmente a las clases más bajas.

—Digamos que se produjo un cambio en la relación de poder.

—Así es. Como resultado de estos vaivenes, el campesinado y los acomodados posicionados por debajo de la nobleza comenzaron a ganar mejores sitios en la sociedad.

—A ver, la escasez de mano de obra hizo que los poderosos tuviesen que ser más permisivos a las demandas de los trabajadores.

—¡Bravo! Incluso con este nuevo estado de cosas, surgió un acuerdo por el cual el arrendatario podía hacer uso de su ingenio para volver a la tierra lo más provechosa posible.

—Sectores sociales hasta ese momento relegados empezaron a hacer oír su voz, entonces.

—¡Nuevos aires! El protagonismo incluso llegó a darse en los ámbitos con poder de decisión, según las características de cada nación.

—Que para el caso de Italia se concentraba en las ciudades estados.

—*Bravissimo!* Para las artes esto constituyó una suerte de plusvalía puesto que las decisiones para apoyarlas estaban bajo la égida de pocas personas.

—Más fácil decidir.

—Y si le quiere sumar otro ingrediente, la caída de Constantinopla hizo que muchos eruditos buscaran refugio en Italia.

—Pero también convengamos que el *Trecento* italiano constituyó un período de una notoria actividad artística sea la pintura, arquitectura, literatura como la música.

—Naturalmente, aparecieron nuevas formas de expresión, como la canción profana en italiano.

—Fíjese usted que aun cuando el lenguaje musical estaba más relacionado con la música del tardío medievo, hay una especie de anticipo renacentista. No sé... estoy pensando en Francesco Landini, los madrigales y la cadencia que lleva su nombre muy frecuentada en la polifonía que floreció después.

—El corolario, en definitiva, es que tras una hora tan oscura como aquella horrible epidemia, el mundo recobra fuerzas, se reorganiza, recompone y emprende una nueva senda.

—¡Que viva el renacimiento!

—Ustedes incluidos.

—Después vinieron otros desarrollos. Alrededor de 1700, los músicos italianos popularizaron el violonchelo en el norte de Europa, aunque el violín bajo se siguió utilizando durante otras dos décadas en Francia.

—Pero muchos violines bajos fueron reducidos de

tamaño para convertirlos en violonchelos de acuerdo con el patrón desarrollado.

–¿Nosotros también tenemos nuestra historia!

–Mucho más placentera, por cierto.

–Tengo otra pregunta en el tintero.

–Que salga a la luz, pues.

–¿Por qué la segunda gran plaga?

–Es que la peste bubónica no fue la primera enfermedad generalizada con la que se topó este mundo más próximo.

–¿Hubo otra?

–Vaya uno a saber cuántas. La historia escrita da cuenta de una anterior, llamada la plaga de Justiniano, que se había extendido por el Imperio Bizantino entre los años 541 y 542.

–¿Justiniano fue el emperador de Oriente?

–Ciertamente, en su empresa de reunir al Imperio Romano, para el 540 había conquistado todo el norte de África y Italia. Sus ejércitos marchaban por el norte de Italia, Francia, Bélgica, Suiza occidental, incluso regiones de los Países Bajos y Alemania; pero fueron frenados por un contraataque, porque las tropas habían sido menguadas por la plaga.

–¿Se trataba de la misma enfermedad del siglo XIV?

–Aparentemente sí.

–Había comenzado en Egipto y luego se dispersó, a través de los barcos transportadores de granos que también llevaban ratas y pulgas. Desde el Imperio Bizantino se extendió tan al norte como Dinamarca mientras que hacia el oeste llegó hasta Irlanda.

–¿Tuvo la misma gravedad?

–Durante su apogeo, la virulencia fue casi tan destructiva como la peste bubónica. Según el historiador bizantino Procopio, esta plaga mató a 10.000 personas por día en Constantinopla. La precisión de una estadística de tantos siglos atrás no se puede verificar; otros sostienen que el número más cercano habría sido unos 5.000 diarios.

–Lo cual sigue siendo un horror.

–Aproximadamente el 40 por ciento de los habitantes de Constantinopla y hasta el 25 por ciento de la población del Mediterráneo oriental podría haber muerto durante esta primera ola de la plaga. Los cuerpos quedaban apilados al aire libre porque los espacios y los enterradores no daban abasto.

–¿Y un buen día desapareció?

–Lamentablemente con esta plaga, se dieron re-

currencias, aunque menos devastadoras, más que nada en la zona mediterránea, en la medida que a la región arribaban personas carentes de inmunidad.

–No entiendo.

–Cuando nos infectamos con un microbio el cuerpo desarrolla una respuesta defensiva que permanece almacenada cual especie de recuerdo, por si nos volviéramos a topar con ese agente.

–¿Y entonces?

–Llegado el caso, nuestro organismo responderá rápida y consecuentemente la nueva infección será de poca monta... nos habremos vuelto inmunes.

–Ahora sí.

–Por razones que siguen sin aclararse, cierto es que alrededor del año 750, la enfermedad cesó de propagarse.

–Para bien de la humanidad.

–Ya lo creo, de todos modos, aquella plaga tuvo un gran impacto en la historia de occidente. Justiniano estaba a punto de reunificar los Imperios, pero la peste se lo impidió, por así decirlo.

–Al fin y al cabo, estas enfermedades han tenido una notoria influencia sobre el devenir histórico de las distintas civilizaciones.

–Estoy absolutamente convencido de eso, ejemplos abundan. Sin ánimo de seguir cargando las tintas le cuento que el mismo Pericles falleció durante la plaga de Atenas en el año 429 antes de Cristo.

–¿Aquel del Siglo de Oro?

–El mismo que viste y calza. Según Tucídides, su desaparición fue un desastre para Atenas, habida cuenta que sus sucesores no estaban a su altura. En sus textos, el escritor anticipa lo que será el fin de la gloria y magnificencia de la ciudad.

–Me quedo con el medio vaso lleno del Renacimiento.

–Es que el arte también ha servido de alivio para los dolores de la vida, su gran objetivo a la postre es la persona humana.

–Dentro de las 4 últimas canciones de Richard Strauss, una de ellas es la síntesis poético-musical más perfecta, para mi gusto, de los sentimientos experimentados por alguien que ve la bandera de llegada.

–¿Estamos hablando de *Im Abendrot*?

–Si claro, con el texto del poeta Joseph von Eichendorff.

–En verdad Strauss allí alcanza un nivel superlativo en su andanada lírico-espiritual postromántica.

—¡Y las cuerdas nos sentimos a nuestras anchas con esa partitura!

—La música tiene una magia capaz de transportarnos a un sitio donde las cosas aparecen más llevaderas y el dolor tiene menos chance de lastimar.

—Regalo de los dioses y sus musas.

—Quienes hayan sido, dotaron al mundo con semillas de talentos para que en algunos mortales germi- nara el milagro de la creación artística.

—También le hemos cantado a las penas.

—¡Oh sí, y sin embargo entre esas elegías habita una suerte de feliz tristeza por algo que una vez poseí- mos!

—¡Larga vida a la música, pues!

—Sea bendita *per secula seculorum*...

—Veo que se está alistando para el retiro y si no le importuna, querría pedirle algo muy caro a mi sentir.

—Haga votos para que podamos volver a los con- ciertos.

—Al Todopoderoso, la ciencia, los astros y la raza humana, cuente con ello.

—*Gratias tibi*.

—¡Tenga que presente que mi intención es saludar- lo desde la platea!

—¡Que así sea y cruce los dedos!

OSCAR BOTTASSO

Im Abendrot

En el atardecer

*Wir sind durch Not und Freude
gegangen Hand in Hand;
vom Wandern ruhen wir beide
nun überm stillen Land.*

*Rings sich die Täler neigen,
es dunkelt schon die Luft.
Zwei Lerchen nur noch steigen
nachträumend in den Duft.*

*Tritt her und lass sie schwirren,
bald ist es Schlafenszeit.
Dass wir uns nicht verirren
in dieser Einsamkeit.*

*O weiter, stiller Friede!
So tief im Abendrot.
Wie sind wir wandermüde—
Ist dies etwas der Tod?*

Hemos atravesado necesidad y felicidad
cogidos de la mano;
descansamos del camino
en el campo silencioso.

Alrededor, se inclinan ya los valles
oscureciendo el día
mientras dos alondras se alzan
ensoñadoramente en el éter.

Ven y déjalas correr
pronto es hora de dormir
y así no nos perderemos
en esa soledad.

Lejana, calmada paz
tan profunda en el crepúsculo.
Qué cansados estamos del camino,
¿es esto quizás la muerte?